

MUNDO GLOBAL

Los intelectuales y la política (II)

El intelectual no es el sabio que vive en una torre de marfil o en su acantilado, desde donde ve pasar en la lejanía la nave de gobernantes, a veces locos, necios o incompetentes. El intelectual está atento a lo que lo rodea y se preocupa cuando las cosas van mal para el colectivo. El ejercicio intelectual es oficio independiente, pero útil a la comunidad. Busca ser práctico y eficaz para sus contemporáneos, asumiendo un compromiso consigo y con su entorno.

Críticos y comprometidos

El oficio del intelectual es riesgoso. Así lo ilustran los casos de Sócrates - obligado a tomar cicuta- y en épocas menos remotas, los de críticos lúcidos y valientes, a quienes regímenes autoritarios callan -a la fuerza- en prisión, clínica psiquiátrica, campo de concentración, destierro, horno crematorio o camposanto. No es común encontrar casos como el de Juan Montalvo, nacido en Ambato (Ecuador 1832), aunque provinciano, hombre leído, estudioso y viajado, fundador de periódicos y escritor de libros. Se enfrenta, por años, al todopoderoso dictador García Moreno (quien fuera presidente) y logra sobrevivirle. Cuando éste cae asesinado en Quito (5 agosto 1875), Montalvo escribe: "Mi pluma lo mató". Y sigue escribiendo por 14 años más.

En Francia (1996) aparece la excelente obra "*Diccionario de los intelectuales franceses*", coincidente con la fecha en la que los restos de André Malraux, gran intelectual galo, fueron trasladados al panteón nacional. En ella, los autores Julliard y Winock hacen desfilar a autores comprometidos: unos furiosamente con una causa política que hoy se considera equivocada; otros con una causa política acertada. Entre los primeros, Jean-Paul Sartre, quien puso por años su innegable genio y su recursivo vedettismo al servicio del totalitarismo comunista. Entre los segundos, también brillantes e influyentes, figuras como Bernard-Henri Levy, Camus, Malraux, Raymond Aron, quienes rompieron lanzas contra los regímenes totalitarios, ya fueran de extrema derecha (fascismo) o de extrema izquierda (comunismo).

Lúcidos y conciencia moral del país

El vientre de todas las naciones siempre nutre -con semillas del Mal- personajes siniestros pero bien dotados, que retrotraen a su pueblo a épocas oscurantistas (que se pensaban superadas) o ensayan montar -por su cuenta y a como de lugar- algún nuevo experimento de planeta Marte (dios del conflicto y la guerra). Pero del mismo vientre patrio surgen -cuando menos se espera- conductores natos, con una gran visión y carácter, que como intelectuales avizoran el horizonte y dan el combustible de ideas para mejores tiempos, tarea ciclópea propia de conductores y políticos. Aunque se da también el caso de juntarse las dos vocaciones u oficios en un mismo personaje, como conjunción favorable de astros. Tal el fenómeno reciente del dramaturgo Vaclav Havel, en la hasta hace poco Checoslovaquia (hoy República Checa y Eslovenia). Por años, este gran intelectual representó para la inmensa mayoría de dicho país la moral de todo un pueblo. Fue confinado y puesto en prisión en 1968 -así como Alexander Dübcek quien inició desde el poder la llamada "Primavera de Praga"- en un intento de darle un "rostro humano" al Comunismo entonces vigente. Desviacionismo de la ortodoxia comunista que fue ferozmente aplastado por los tanques rusos, hecho que dio lugar a protestas en todo el mundo libre y a análisis como el muy valioso de Teodoro Petkoff (que justificó la aparición del MAS -Movimiento al Socialismo- en Venezuela). En los últimos días de diciembre 1989, Havel (en sus 53 años) es sacado del ostracismo y llevado al cargo de Presidente de la nueva Checoslovaquia, oficio que desempeñó con altura, acierto y dinamismo, hasta que se lo permitió el cáncer que lo afectaba. De él ha escrito Milan Kundera: "La vida de Vaclav Havel se parece realmente a una obra de arte". En España hombres como Ortega y Gasset (un ejemplo no más) son todavía estrellas rutilantes. Entre nosotros, un intelectual como Arturo Uslar Pietri -escritor, novelista, educador y comunicador- ejerció con brillantez, genio y perseverancia hasta su muerte- el papel hoy añorado de "conciencia moral de Venezuela".

Mientras contemos con esta clase de hombres y mujeres -que los hay- no tenemos por qué ser pesimistas incorregibles ni perder las esperanzas. El Señor de las Naciones sigue suscitando personas comprometidas a quienes encargar -como a Jeremías- acelerar la historia, "arrancando y derribando, edificando y plantando" (Jeremias 1, 4-10).